

LA IMPORTANCIA DE EDUCAR EN PENSAR

MARIANO J. AZNAR

Catedrático de Derecho internacional, Universitat Jaume I

Serán la filosofía y la ética las que nos adviertan de los riesgos y peligros que la inteligencia artificial (IA) trae consigo



WILLIAM FELIPE SECCON

A raíz de la enésima ley de educación en España, volvió a plantearse el sentido, contenido y dedicación del estudio de la filosofía y la ética a lo largo de los estudios que nuestros jóvenes cursan en la educación secundaria y el bachillerato. No sólo los profesores de la materia sino muchos intelectuales y científicos clamaron al cielo; también numerosos 'tecnólogos' advirtieron de la carencia de esas materias en el currículo académico. Y ello viene al caso cuando cualquiera nos preguntamos tanto para qué sirve la filosofía o la ética como para qué estudiar ambas materias, ignorando que, lamentablemente, ambas cuestiones están íntimamente vinculadas.

Déjeme que lo plantee a raíz de un artículo en prensa de noviembre del año

pasado que aún me tiene pensativo. Al ser preguntado por los grandes cambios que afectarán a nuestra civilización de una manera extraordinaria y sin precedentes en la historia de la humanidad, el astrofísico de Harvard Avi Loeb eligió tres: el desarrollo de sistemas de inteligencia artificial sensibles, que interactúen con los seres humanos y entre ellos; la prolongación indefinida de la vida de

los seres humanos; y el posible contacto con vida extraterrestre. Si bien esto último se nos antoja hoy como ciencia ficción, los otros dos cambios también se nos antojaban así a nuestros abuelos y, sin embargo, ya están

aquí.

De coincidir con Loeb en la elección de estos tres cambios extraordinarios, debemos preguntarnos qué relación tendrían con algunos componentes esen-

ciales de la filosofía y la ética. Si la primera analiza la esencia, las propiedades, las causas y los efectos de las cosas naturales, especialmente sobre el hombre y el universo; y la segunda estudia el bien y el mal y sus relaciones con la moral y el comportamiento humano, ciertamente aquellos cambios deberían ser analizados con las herramientas de reflexión, comparación y precaución que tanto la filosofía como la ética nos ofrecen. Sobre todo, si tenemos en cuenta que esos tres cambios tendrían un impacto profundo sobre el ser humano y su existencia civilizada en el planeta.

Serán la filosofía y la ética las que nos adviertan de los riesgos y peligros que la inteligencia artificial (IA) trae consigo si no somos capaces de entenderla, de comprender sus límites y de mitigar sus consecuencias negativas. Hace bien poco Rafael Yuste, neurobiólogo de la Universidad de Columbia, advertía que «[s]i no sabemos qué es la inteligencia natural, cómo vamos a hablar sobre IA, que es la metáfora de una metáfora». Pero el aprendizaje de brujo ya ha hecho el conjuro y las consecuencias de la IA en la vida humana son visibles. El problema es que, más allá de afectar al tráfico rodado, al mercado laboral o inmobiliario, a la contabilidad empresarial, la redacción de contratos o a la prescripción de medicamentos, la concatenación de consecuencias (que estudia la lógica como parte de la filosofía) puede llevar como advierte Loeb a que la comunidad de sistemas de IA se desarrolle independientemente de los humanos y establezca sus propias normas sociales y de comunicación, más allá de las iniciales pretensiones o expectativas humanas, afectando a delicados equilibrios éticos. Que se haya pedido recientemente una moratoria en el desarrollo de la IA, interesadamente o no en términos comerciales, es llamativo.

Del mismo modo, sabiendo que la ciencia tiene ya las herramientas no sólo para secuenciar el genoma humano sino también para manipularlo, el salto a la 'creación' está en nuestras manos. De hecho, el científico chino He Jiankui causó una gran polémica al 'crear' en noviembre de 2018 los primeros bebés modificados genéticamente. Fue por ello condenado penalmente en su país y recibió numerosas admoniciones éticas. Pero, ¿hasta cuándo? No me refiero aquí al hombre-dios, capaz de sustituir al Creador en la obra humana en cómo empieza y cómo acaba, sino en a quién beneficiará todo ello. Por el momento me temo que sólo al percentil más poderoso de la humanidad, a aquéllos que tengan la capacidad económica para acceder a costosos tratamientos de ingeniería genética que les permitirán una larga vida, en saludables condiciones y hasta cuando decidan. Y el resto de la humanidad serán los 'inválidos' de Aldous Huxley, salvo que la filosofía y la ética nos hagan ver, pensar y decidir los límites a todo ello.

Y qué decir de la llegada de los marcianos a la Tierra. Tan sólo una pregunta: disponiendo de la tecnología para llegar a nuestro planeta desde los confines del universo, ¿creen Uds. que se interesarán por nuestros conocimientos de física cuántica, de biología sintética, de almacenamiento de energía o de resistencia de materiales? ¿No creen que les interesará mucho más entender la lógica trascendental kantiana o la ética en Russell, por no hablar de una cantata de Bach o las pinturas negras de Goya?

**¿No creen que les
interesará mucho más
entender la lógica
trascendental kantiana
o la ética en Russell?**